

GRACIAN: LA PEDAGOGIA DEL TRIUNFO

CONCEPCIÓN CÁRCELES LABORDE

Universidad de Navarra

El siglo XVII, en España, es una época en la que se producen transformaciones y cambios profundos que afectan al pensamiento, a la cultura y a la educación. Una de las figuras más significativas en estos tres ámbitos es la del jesuita aragonés Baltasar Gracián. En él confluyen el genio literario, el pensador y moralista y el educador. Esta última faceta, menos considerada que las dos anteriores, es, sin embargo, la clave para alcanzar la plena comprensión de su obra. Es también, por la interacción que existe entre todo gran hombre y su tiempo, un aspecto cuyo estudio arroja un poco más de luz sobre el panorama educativo de este siglo.

La vida de Gracián (1601-1658) coincide plenamente con el auge barroco en España. Biográficamente, es un hombre de transición entre dos épocas de gran significación histórica. Su juventud se desarrolla en el período que precede a la Paz de Westfalia, hito que marca el comienzo de la decadencia en nuestro país. Cuando el jesuita atraviesa «los puertos de la edad varonil», todas las ilusiones y esperanzas de recuperar la pasada grandeza se han desvanecido.

La sociedad española ha entrado en un proceso no sólo de empobrecimiento, sino también de relajación moral. El favoritismo, el triunfo de la mediocridad, la ineptitud de las clases rectoras, el deseo de magnificencia que afecta a pobres y ricos, nobles y plebeyos, son un medio de cultivo excelente en el que crece como la mala hierba la cautela, la prudencia, una humana y excesiva prudencia lejana a la virtud, y el disimulo. España se vislumbra como una sombra de sí misma.

La educación, que había conocido durante el siglo anterior un gran esplendor, no se queda al margen del proceso de decadencia. La vitalidad y expansión alcanzadas por los estudios en el Renacimiento se ven frenadas de raíz por diversas razones. Se teme, desde el poder, que la educación, al permitir el acceso a niveles superiores, altere la estabilidad

social y aumente las tensiones existentes. En 1619, Felipe III, a instancias del Consejo Real, ordena que se supriman los estudios de latinidad en los pueblos y lugares en los que se habían establecido, ya que favorecerían el que los hijos de los labradores acudiesen a ellos, desentendiéndose así de las ocupaciones para las que habían nacido y habían sido criados. Este temor, unido a la preocupación por la baja calidad de la enseñanza, se mantiene durante el reinado de Felipe IV. La escasa formación de los maestros corre paralela al desprestigio de «los gramáticos», como se denomina al profesor de humanidades. Quevedo los acusará de fatuos e iletrados y Gracián llegará a llamarlos «cencerros del orbe». Más grave aún es el estado de la enseñanza superior. Salvo casos aislados, como el de Valencia, la universidad vive un período de languidez y de decaimiento. Sociedad y Estado se habían desentendido del terreno científico, centrándose el proteccionismo oficial en las artes. La ciencia se convierte en un puro formulismo. Las llamadas «cátedras raras», como astronomía, matemáticas o cirugía, a menudo permanecen vacantes por falta de profesorado cualificado.

Preocupada por cuestiones superfluas, y a veces frívolas, la universidad no se renueva, ni utiliza su potencial autonómico. La provisión de cátedras, a la que concurren los estudiantes con sus votos, junto a los doctores, da lugar a numerosos abusos y escándalos. Es ahora cuando comienza a formarse la casta de los colegiales que copa todos los accesos a la universidad. Como afirma el profesor Ajo y Sáinz de Zúñiga: «La megalomanía que se apodera de los colegiales universitarios arruina sus instituciones creadas para pobres y ahora refugio de aristócratas»¹.

En este ambiente brilla con luz propia la formidable organización pedagógica de los jesuitas. No sin grandes dificultades y oposición, la Compañía de Jesús introduce en España su magisterio plasmado en la *Ratio Studiorum* de 1599. Cuenta con el apoyo del Conde-duque de Olivares, quien ha percibido la debilidad de las clases rectoras y su incapacidad para hacer frente a los graves reveses que comienza a sufrir el país.

Esta crisis de grandes hombres es también el punto de partida de la pedagogía de Gracián. Inmerso en un mundo que parece derrumbarse bajo los pies inexorablemente, traza un programa educativo que rescate de la depresión generalizada a aquellos seres de excepción capaces de sobresalir, de emerger de la medianía reinante. A este discípulo con vocación, con voluntad de eminencia, se dirigirá su magisterio. No ofrece, sin embargo, una doctrina ordenada. Muy al contrario, siguiendo la téc-

¹ AJO G. y SAINZ DE ZÚÑIGA: *Historia de las Universidades Hispánicas*, vol. III, edit. La Normal, 1959, p. 292.

nica de la dificultad y el oscurecimiento, tan de acuerdo con su espíritu barroco, presenta un pensamiento complejo envuelto en una asombrosa riqueza expresiva.

EL MODELO EDUCATIVO

Una de las líneas a seguir para penetrar en la pedagogía graciana es el análisis de los modelos educativos que propone a lo largo de sus obras.

Dentro de su producción literaria, hay cuatro obras de carácter eminentemente educativo: *El Héroe* (1637), *El Discreto* (1646), *Oráculo Manual y Arte de prudencia* (1647) y *El Criticón* (1651-1657). Las tres primeras consisten en un conjunto de preceptos distribuidos en capítulos a los que, con gusto de la época, denomina respectivamente *primores*, *realces* y *aforismos*. Las tres partes de *El Criticón* componen su gran novela alegórica. En *El Héroe* y en *El Discreto*, sigue el estilo renacentista de titular con términos que designan una función social (*El Príncipe*, *El Cortesano*, *El Congreso* etc.). En *El Héroe* se hallan ya en germen las principales ideas educativas que irá después desarrollando y perfilando. El *héroe* es para Gracián la máxima categorización, el concepto que engloba todas las cualidades abstractas que ha de encarnar ese «varón gigante» que pretende forjar.

Esta primera obra, en la que refleja el brío y el entusiasmo de la juventud, se dirige fundamentalmente al hombre de acción. Este deberá conocerse para actuar de acuerdo con su naturaleza, elegir el empleo más eminente y plausible y empeñarse, con esfuerzo e industria, en alcanzar la excelencia en él y, como resultado, la fama a los ojos de los hombres; fama, lucimiento, triunfo que se fundan en la virtud, porque entre estos conceptos no existe contradicción. Una vez que ha inflamado el corazón con el ardor de la gloria terrena, con frase de reminiscencia ignaciana, Gracián ofrece la verdadera lección de heroicidad: «Ser héroe del mundo, poco o nada es; serlo del cielo es mucho, a cuyo gran monarca sea la alabanza, sea la honra, sea la gloria»². Como dice el P. Batllori, el maestro pertrecha a su discípulo para enfrentarse con la novedad de los tiempos: «El *Héroe* parece hecho para que los hijos de las tinieblas no sean más prudentes que los hijos de la luz»³.

² *El Héroe, El Discreto, Oráculo Manual y Arte de Prudencia*, edición de Luys Santa Marina. Introducción y notas de Raquel Asún, edit. Planeta, Barcelona, 1984, p. 40.

³ *Obras Completas de Baltasar Gracián*, vol. I, edición y estudio preliminar de M. BATLLORI y C. PERALTA, edit. Atlas, Madrid, 1968, p. 55. Cfr. *Lc.*, 16, 8.

Pedagógicamente, Gracián se comporta en esta obra como lo haría un buen tutor ante una naturaleza privilegiada. Todas las cualidades que presenta tienen más de innato que de adquirido. Orienta para que se utilicen rectamente y con eficacia los dones concedidos por el cielo. Frente al riesgo de aburguesamiento, impele a no conformarse, a no caer en la mediocridad.

Un cambio patente va a producirse en la cuarta obra de Gracián, y la primera desde un punto de vista educativo. En *El Discreto* se observa una moderación del entusiasmo. Así lo advierte el profesor Correa Calderón quien, al analizarla, pone de relieve cómo, «sin percibirlo, ya va expresando sus ansias en tono menor, y el tamaño de sus modelos se va reduciendo a proporciones humanas y naturales»⁴.

El *discreto*, sin dejar de aspirar a una cierta heroicidad, no será ya un ser de excepción, sino un caballero culto y elegante, prudente y erudito, más atento a lograr una dorada medianía que a realizar grandes hazañas. En contrapartida expone una educación más interiorista, enriquecida con una mayor dedicación al saber. Frente al hombre de acción neto, propone ahora la figura del intelectual, del estudioso.

Si el varón máximo que se refleja en *El Héroe* es fruto de la naturaleza, el *discreto* será, sobre todo, el resultado del esfuerzo, del trabajo, de la voluntad.

Gracián sigue dirigiéndose al hombre de mundo, a quien presenta una síntesis del valor y del saber para alcanzar la perfección.

Esta evolución del modelo educativo va a sufrir un brusco descenso en *El Oráculo*, la obra «más enmarañada y difícil que tenemos en lengua castellana», en opinión de don Marcelino Menéndez y Pelayo. En ella, Gracián limita sus ilusiones a la formación del hombre medio. Es ya, en muchos aspectos un manual de técnicas de acomodación de la conducta a un medio hostil; un conjunto de preceptos para triunfar sobre la malicia del mundo en un peligroso juego de prudencia que acaba siendo cautela y astucia.

Esta lucha, esta actitud de tensión constante del hombre con su entorno cae, por fin, inevitablemente, en una educación para la defensa, en un encastillamiento insolidario, en un individualismo feroz que se trasluce a lo largo de *El Criticón*. «Frente a una sociedad convencional —dice la doctora Galino— a unos hombres que no son lo que parecen, a un mundo que se ve como una representación, Gracián-Critilo implacablemente descifra, crítica, condena y... se reserva»⁵.

⁴ CORREA CALDERÓN, E.: *Baltasar Gracián, su vida y su obra*, edit. Gredos, Madrid 1961, p. 169.

⁵ GALINO, A.: «Robinson y su mito», en *Teoría y práctica de la Pedagogía Comparada*, edit. Magisterio Español, Madrid 1969, p. 126.

Su novela alegórica es una descarnada visión del vivir humano, es una severa lección de moral en la que ataca el vicio y encamina al hombre hacia una virtuosa sabiduría. Pero este individuo ya no tiene rostro, ya no responde a un arquetipo. El ideal humano es inalcanzable, al hombre le basta con sobrevivir para la virtud en una sociedad que camina hacia su destrucción.

ANDRENIO: UN EXPERIMENTO EDUCATIVO

El Criticón es también una novela didáctica cuyos protagonistas mantienen una relación eminentemente educativa que merece especial atención. En la primera parte de la obra, cuando Critilo náufrago es arrojado por el mar a la isla de Santa Elena, encuentra en ella, como único habitante, al joven Andrenio. Esta figura, a medio camino entre el mito adánico y el del buen salvaje, que apasionará la mente de los ilustrados, es un experimento de Gracián, quien «pretende —como dice el profesor Maravall— dejar aparte provisionalmente, claro está, lo que la historia, la sociedad y la cultura han depositado sobre el hombre, para buscar el estrato primario que ha permanecido en él, sin que aquéllas puedan nunca anularlo»⁶. Se trata de desmontar todo lo accesorio para quedarse con el hombre que, desde su más pura naturaleza, se enfrenta a la existencia.

Una vez que ha aprendido a hablar, Andrenio narra a Critilo sus escasas pero profundas experiencias en un pasaje de gran belleza literaria. Le explicará cómo ha alcanzado, con la sola fuerza de su razón, a leer y comprender el gran libro del universo. Critilo le corrobora la perfección de lo creado en una frase que ha dado pie a considerar una influencia de Gracián en Rousseau: «Todo cuanto obró el Supremo Artífice está tan acabado que no puede mejorar, más todo cuanto han añadido los hombres es imperfecto»⁷. El parecido es evidente pero sólo formal⁸.

La figura de Andrenio, bien anclada en la antropología cristiana, es mucho más real que la encarnada por el mito creado más tarde. El pecado social aún no ha sustituido al pecado original. Para Gracián, a diferencia del ginebrino, no es la sociedad la que corrompe al hombre,

⁶ MARAVALL, J. A.: *Estudios de historia del pensamiento español, siglo XVII*, serie III, edit. Cultura Hispánica, Madrid, 1975, p. 218.

⁷ *El Criticón*, vol. I, V, Edición crítica y comentada por M. Romera Navarro, edit. University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1938, p. 167.

⁸ Cfr. ROUSSEAU, J. J.: *Emile*, edit. Hachette, II, p. 3, libro I: «Todo está bien al salir de las manos del autor de las cosas —dice Rousseau—, todo degenera en las manos del hombre».

sino que éste, al no querer someter las pasiones al dictado de la razón, al tomar el camino del vicio, pervierte la sociedad.

Andrenio comparte la inclinación al mal de la naturaleza caída. Va a incurrir en numerosos fallos. El camino de la virtud será para él tan áspero y tan difícil como para los demás. Lejos de ir repartiendo lecciones de candor o de bondad, como el personaje volteriano, necesita un guía, un maestro que le enseñe a vivir.

Por otra parte, Andrenio, al entrar en el mundo de los hombres, emprende un camino sin retorno. Es el camino de la vida que, en la visión graciana, nadie querría iniciar si supiera de que se trata. Cuando Andrenio, espantado de lo que ve, quiere volverse a su cueva, con las fieras que han sido el calor de sus primeros años, comprenderá que no es posible. La vida es como una escalera que, a medida que se va subiendo, van desapareciendo los peldaños. Sólo se puede seguir adelante en un continuo esfuerzo.

Esta es, en definitiva, la verdadera lección de Gracián. Por malo que sea el mundo, por corrompida que esté la sociedad, el hombre está inmerso en ella, arrojado a su existencia. Con las armas de la razón y del valor deberá sacar fuerzas de flaqueza no para reformar, sino para ir capeando el temporal y, mediante una conducta prudente, llegar a buen puerto.

En Gracián, el culturalismo triunfa rotundamente sobre el naturalismo. Andrenio, el hombre en estado de naturaleza, logra con la razón especulativa leer en el libro del universo. Pero estas verdades, que le habrían servido en su aislamiento, no le bastan al entrar en contacto con otros hombres. Ahora va a necesitar de la sabiduría práctica, de la gran *sindéresis*. Por eso Andrenio no se comprende sin Critilo. Y Critilo no se comprende sin la cultura. Ella será la única capaz de hacer del hombre una persona.

La verdadera relación Andrenio-Critilo es educativa. Andrenio no sólo tendrá un maestro sino que éste, además, será su padre, como descubrirá con honda emoción en el transcurso de la novela. Pero más aún, este maestro y padre será el gran amigo, el compañero inseparable.

Cuando al salir desolado de Madrid, *el viejo* le pregunte qué le falta, si algún camarada, un hermano o un padre, le responderá: «por ahí, por ahí; un otro yo, que lo es un amigo verdadero»⁹. Critilo significa y reúne en sí las tres grandes figuras educativas que hay en la vida del discípulo graciano.

Critilo, hombre ya maduro y experimentado, desengañado y sabio, se encargará de llevar de la mano a un Andrenio imperfecto pero que,

⁹ *El Criticón*, I, VIII, p. 261.

acometido ya por la maravillosa luz de la razón, está en situación de emprender el camino que le conduzca a esa máxima categoría graciana que es el ser persona. Critilo no le aislará, como a un Emilio, del contacto con los hombres y su malicia. Por el contrario, le enseñará cómo luchar utilizando la sabiduría y el valor en la ardua batalla del vivir.

Aislados en sí mismos, frente a una sociedad incomprendida e incomprendible, pero inevitable, preconizan ya todo el individualismo del mundo moderno.

EL PROCESO DE PERFECCIONAMIENTO

Gracián comparte la cosmovisión y el antropocentrismo barroco de fundamento cristiano. El ser humano es trascendente, destinado a la más alta dignidad, lo mejor del mundo visible, vislumbre de Divinidad. A él están subordinadas todas las criaturas terrenales sobre las que domina con señorío. Este hombre, a su vez, se inclina de forma natural a Dios, como a su principio y su fin. Constantemente invita a su discípulo a una suprema majestad: «En Dios todo es infinito, todo inmenso; así en un héroe todo ha de ser grande y majestuoso, de suerte que todas sus acciones y aun sus razones vayan revestidas de una trascendente grandiosa majestad»¹⁰.

Pero este ser, hecho a imagen y semejanza de su Creador, se halla arrojado a la existencia en la que ha de mantener una doble batalla: contra su inclinación al mal y contra la maldad del mundo.

La meta de su peregrinar es hallar la felicidad que, sabe de antemano, no se encuentra en esta vida. La única felicidad posible que puede alcanzar este *homo viator* es la virtud, premio de sí misma.

La educación consiste para Gracián, como para la mentalidad barroca, en un proceso, un hacerse cada día en contacto con la experiencia, caminando a través de los espacios y del tiempo hacia el centro de la perfección. Esta consiste en desarrollar el entendimiento para que ilumine la voluntad, y, con este bagaje el hombre actúe, obre adecuadamente.

La primera lección graciana es el autoconocimiento: el hombre ha de comenzar a saber, sabiéndose. Para ello ha de examinar en sí mismo unos elementos claves que son el juicio, el ingenio, el genio y el gusto. Juicio e ingenio se dirigen a la verdad, pero el ingenio aspira también a la belleza. Es la causa eficiente de la agudeza. Sin embargo, lo que verdaderamente importa es el juicio entendido como razón práctica; es la

¹⁰ *Oráculo Manual y Arte de Prudencia*, o.c., p. 229.

gran *sindéresis* que da peso al entendimiento, seso y cordura. Es el terreno de la ética, mientras que el ingenio lo sería de la estética.

El autoexamen del genio y del gusto es necesario para que no se viole la naturaleza, para que el arte, siguiendo el precepto clásico, actúe de forma eficaz. Una vez que el hombre se conoce, está en condiciones de alcanzar una sabiduría práctica que le permite enseñorearse de su entorno. Gracián sonríe con indulgencia ante el sabio especulativo a quien cree en las nubes, ignorante de los más necesarios para desenvolverse en la vida. Lo que importa es saber para vivir, saber vivir y triunfar, eludiendo las redes y trampas que nos tienden. Pero nada es lo que parece. La realidad se esconde tras una máscara, tras una clave que es preciso descifrar. El *héroe* ha de ser zahorí, desengañado, juicioso, notante, entendedor, atento, advertido...: cada una de estas categorías reviste un matiz diferente. Son sutiles aplicaciones del entendimiento para desentrañar la verdad que revela la rica y fina percepción psicológica de Gracián.

Pero la verdadera clave de la pedagogía graciana es la voluntad. Todo está en que ella quiera. La educación de la voluntad comienza también con el autodomínio, con el señorío sobre las propias pasiones. Aparece encarnada, sobre todo, en el hombre de entereza, «siempre de parte de la razón, con tal tesón, que ni la pasión vulgar, ni la violencia tirana le obliguen jamás a pisar la raya de la razón»¹¹. Pero Gracián, como hombre de su tiempo, sabe que la voluntad no se mueve sólo por la razón. El barroco ha puesto de relieve otros resortes que actúan por vías extrarracionales, por los afectos. Hallarlos es lo mismo que tener la llave del querer ajeno. Por tanto, aconseja a su discípulo que domine y eduque su voluntad, y cuando no sea posible, que disimule los achaques porque «lo mismo es descubrirle a un varón un afecto, que abrirle un portillo a la fortaleza del caudal... Atienda pues el varón excelente primero a violentar sus pasiones; cuando menos, a solaparlas con tal destreza que ninguna contratreta acierte a descifrar su voluntad»¹².

Con todo no dejará de repetir que el verdadero dominio es el de uno mismo que es triunfo del albedrío.

El hombre que ha alcanzado esta madurez, que ha llegado al centro de la perfección es ya un hombre virtuoso. Pero esto no basta. Para Gracián, lo que no parece es como si no fuera. Ser y parecer, cimiento y fachada, virtud y fama van en su pensamiento indisolublemente unidos, son las dos caras de una misma moneda. Por tanto, la persona, máxima categoría graciana, ha de darse a conocer, ha de manifestar su

¹¹ *Oráculo Manual y Arte de Prudencia*, o.c., p. 152.

¹² *El Héroe*, o.c., p. 9.

perfección de la única manera posible: a través de la conducta en su doble faceta de decir y hacer. Decir y hacer es la exteriorización del saber y del valor. El hombre ideal será por tanto «sabio en dichos, cuerdo en hechos, centro de toda perfección»¹³.

Como complemento a su magisterio, del que ha surgido la figura del *héroe*, Gracián va a ir dibujando, como en un claroscuro, la imagen del necio, del hombre vulgar que no se corresponde con ninguna esfera social. El necio es el que, faltó de voluntad, con ignorancia culpable, se deja llevar sin plantarle cara a la vida. A su vez, advierte al hombre ya consumado acerca de los peligros que le acechan. La vida es una constante tensión hacia nuevos objetivos. O se crece, o se declina. Para evitar esto último, Gracián enseñará el arte de manejar el tiempo, que todo lo desluzca; la fortuna, que en su loca carrera ensalza y derriba, y la malicia de la sociedad, que no permite la eminencia. Estos son los grandes factores de riesgo que el *héroe* ha de saber manejar para mantener la reputación, el éxito.

MEDIOS Y CONTENIDO DE LA FORMACIÓN

Al hombre que inicia su formación lejos de las aulas académicas, Gracián le propone unos medios y unos contenidos adecuados a su situación. En lo que es posible sintetizar el pensamiento del jesuita, se puede decir que los dos medios esenciales para la educación son los viajes y la conversación.

A través de los viajes se dilatan los horizontes y se puede recoger todo lo bueno y lo bello que hay en el mundo. Viajar será, pues, una forma de alcanzar sabiduría. Pero este caminar por el espacio se acompaña de un caminar interno que transcurre por los senderos del tiempo hacia la madurez. Es vivir con los ojos bien abiertos, reflexionando todos los conocimientos que han entrado por la puerta del entendimiento. Andrenio y Critilo, los protagonistas de *El Criticón*, representan esta doble peregrinación.

Pero es sobre todo la conversación el medio de formación más querido por Gracián, como una manifestación más de su alma barroca. La conversación requiere, sin duda, la existencia del amigo. El tema de la amistad es uno de los muchos puntos conflictivos que se han suscitado en torno a la figura del jesuita. Por ejemplo, el profesor Romera Navarro señala su tendencia a elegir amigos de rango superior, su inclinación a la amistad interesada. El profesor Correa Calderón, otro ilustre gracia-

¹³ *El Discreto*, o.c., p. 108.

nista, lo ve, sin embargo, como un ser sediento de afectos, necesitado de compañía¹⁴.

Para comprenderlo en profundidad hay que enfocar esta cuestión, una vez más, bajo el prisma de la educación.

El amigo representa para Gracián la figura del maestro, del único posible, junto al dictamen de la razón, que puede tener el hombre de mundo. Y como maestro, no sólo se le debe buscar por el afecto, aunque se cuente con él, sino sobre todo por los frutos que se pueden alcanzar con su compañía. En uno de los numerosos pasajes que dedica a la amistad, dirá: «sea el amigable trato escuela de erudición y la conversación enseñanza culta; un hacer de los amigos maestros penetrando el útil de aprender con el gusto de conversar»¹⁵.

Gracián distingue tres clases de amigos y de conversación: la conversación con los amigos muertos, es decir la lectura, los libros que son la gran pasión del jesuita; la conversación con los amigos vivos en las amables tertulias, donde el saber se comunica, se difunde, se multiplica; y, por último, la conversación con uno mismo que es reflexión, interiorización de todo lo visto y vivido.

En cuanto al programa formativo que presenta, se halla de manera explícita en *El Discreto* y en *El Criticón*.

El contenido de la educación es siempre la piedra de toque, la plasmación concreta y tangible de los principios que animan un pensamiento pedagógico. En Gracián es puramente humanístico y refleja los estudios en que él se ha formado y ha formado como alumno y profesor de los jesuitas. En líneas generales es una adaptación del segundo grado de enseñanza, aunque sin la profundización que podía y debía alcanzar el artista que se preparaba para la entrada en la universidad, y sin el riguroso método escolar. Se evidencia, sin embargo, al analizar el contenido, un aspecto conflictivo que ha suscitado grandes polémicas en torno a la concepción cristiana de la vida en Gracián.

Se trata de un tema de gran complejidad que afecta directamente a su pensamiento educativo. La pregunta que se plantea cualquier lector atento de sus obras es ¿por qué Gracián prescinde del plano religioso? A esta cuestión se han dado las más variadas respuestas. Ya en 1658 se publica un libelo de autor anónimo, *La Crítica de Reflexión*, en el que, entre acusaciones de todo tipo, hay una que no deja de ser cierta: Andrenio, el joven protagonista de *El Criticón*, no será instruido en la doctrina cristiana. Aprenderá a conocer a Dios, sólo como Creador, en

¹⁴ Cfr. ROMERA NAVARRO, M.: *Estudios sobre Gracián*, University of Texas, Hispanic Studies, vol. III, Austin, 1950, pp. 1 a 11 y, CORREA CALDERÓN, E.: *O.c.*, p. 132.

¹⁵ *El Oráculo*, o.c., p. 145.

el gran libro del universo. Tampoco el discreto tendrá sino una leve noción de Historia Sagrada, orientada más a aumentar su erudición que a su formación cristiana. Su proceso de perfeccionamiento es un paso de la naturaleza a la moral a través del arte, pero cuando llega a los umbrales de la religión se detiene bruscamente. Este sentimiento de frustración se experimenta vivamente cuando los pasajeros de *El Criticón* llegan a Roma o a la Isla de la Inmortalidad sin que, en ninguno de estos lugares, se encuentre la esperada alegoría a la trascendencia.

Gracián, sincero cristiano y humanista, no alcanza la síntesis del humanismo cristiano. Pertenece, como dice el P. Batllori, al siglo de Descartes. Cree sinceramente en la Providencia y afirma el fin trascendente del hombre pero, como afirma la doctora Galino: «presenta ya escindidos los dos planos, el inmanente y el trascendente, de ahí el desasosiego y el ceño hosco e inhospitalario que encontramos en el mundo»¹⁶. El se mueve, como expresivamente escribe, de «texas abajo», en ese mundo agitado, inestable, que explicado desde sí mismo siempre aparecerá como un escándalo, como un enigma.

EL TRIUNFO COMO FIN

Gracián es un pensador filosóficamente vacilante en quien se pueden percibir ya todas las tensiones de la modernidad. Prescinde del plano sobrenatural en un intento de manifestar la inmensa grandeza y capacidad de la naturaleza humana, como obra de Dios, cincelada por la cultura. Al plantear su experimento educativo en estos términos, va a ir cayendo en una serie de contradicciones que repercuten inevitablemente en su magisterio. Su consideración estratificada de la realidad le impide ver la unidad entre las verdades religiosas y la existencia terrena.

El fin de su educación es la formación del perfecto caballero del siglo XVII, del hombre con voluntad de eminencia cuya naturaleza es realzada por una sabiduría práctica. Este ser de excepción, ante quien Gracián abre un camino de ascética, no tendrá que ser necesariamente cristiano. Al moverse en un plano exclusivamente inmanente, acabará proponiendo como única meta posible la fama, la inmortalidad en la memoria de los hombres y la virtud como premio de sí misma. Pero estas virtudes que, como él mismo reconoce, van encadenadas unas a otras, quedan también de «texas abajo». Al no poder enganchar con las virtudes teologales, la prudencia, la magnanimidad, la fortaleza, la entereza lo único que logran es convertir al ser humano en un caballero

¹⁶ GALINO, A.: *O.c.*, p. 26.

sin tacha, pero no en el héroe del cielo que presenta en un primer momento.

Pero incluso estas virtudes morales, a las que el hombre puede acceder con sus solas fuerzas naturales, van vaciándose de contenido impulsadas por la inercia inmanentista, y acaban convertidas en técnicas de adaptación de la conducta que permitan caminar, en solitario, por la cuerda floja de una prudencia cautelosa.

Su severa lección de moral desemboca, por falta de fundamentación, en una educación para el triunfo individual sobre una sociedad que se cuartea.